Judá Abravanel (c.1460 - c. 1523). Conocido también por el nombre de León Hebreo, fue médico, filósofo y poeta sefardí. Nació en Portugal, pero su familia se mudó a Castilla en 1483 cuando su padre, Isaac, famoso rabino, cayó en desgracia con el rey portugués. Tras la expulsión de los judíos de Castilla y Aragón en 1492, marchó a Nápoles con su padre mientras que su hijo, Isaac, fue enviado a Portugal para vivir con miembros de su familia residentes allí. En 1497, Manuel I de Portugal ordenó la conversión forzosa de los judíos del reino con lo cual Isaac habría tenido que convertirse. Este poema de 1503 es una carta

El Tiempo con sus afiladas saetas me ha herido el corazón, partido las tripas, abierto las vísceras, propiciado un golpe que no se cura, echado por tierra, dejado en dolor perpetuo. El Tiempo me hirió, me royó la carne, me chupó la sangre y el tuétano con el sufrimiento. Me molió los huesos; enloquecido, saltó y me atacó como un león enfurecido.

No dejó de darme vueltas, exiliándome en el verdor de mis días, me envió para vagar por el mundo, borracho, dando traspiés, me mareó con las vueltas que he dado por los confines del mundo; por esto he pasado veinte años sin parar, sin que mis caballos pudieran recobrar el aliento; con las manos he medido océanos, con ellas he pesado el polvo de continentes, de tal manera que mi manantial se ha gastado...

Pero no, eso no fue suficiente: Ahuyentó a mis amigos de mi lado, exilió a los compañeros de mi edad, alejó a mi familia, así que jamás veo una cara conocida, un padre, una madre, hermanos o un amigo. Esparció a todos aquellos para los que siento algún afecto, de Judá a su hijo lamentando su separación y dándole consejos para que consiga una educación rabínica a pesar de su teórica conversión. La carta implica que, como muchos judíos convertidos forzosamente que se consideraban todavía judíos (llamados marranos), Isaac tendría acceso a algún tipo de formación rabínica. A los marranos portugueses se les dio permiso para emigrar en 1507, pero no se sabe si padre e hijo volvieron a verse. León Hebreo es conocido sobre todo por su tratado neoplátonico, los Dialoghi de amore. El Inca Garcilaso, autor mestizo que se verá en el Capítulo 7, los tradujo al castellano.

hacia el norte, el este y el oeste, de tal manera que no tengo descanso entre tantos pensamientos y preparativos, ni un momento de paz, a pesar de todos mis planes. Ahora que veo mi futuro en el este, la separación me pisa los talones. Tengo el pie listo para partir, pero mi corazón está en el mar; no distingo lo que está delante de lo que está detrás.

Sí, el Tiempo —jese oso, ese lobo!— me devoró el corazón, lo partió por lo que duele, gime, se atemoriza, desespera con la confiscación, la pérdida, el cautiverio.

Pero ni esto era suficiente para el Tiempo; también busca extinguir mi llama, exterminar mi descendencia.

en dos y lo troceó,

Me han nacido dos hijos, dos hijos espléndidos, dos muchachos preciosos, nobles, bellos. Al más joven lo llamé Samuel. El Tiempo, mi atento vigilante, me lo confiscó, me lo mató cuando sólo tenía cinco años, y todo lo que ha crecido de él ha sido tristeza. Al mayor lo llamé Isaac Abravanel, por la cantera de donde cortaron la piedra de mi ser, por uno de los grandes de Israel, su abuelo,

un hombre comparable a David, Luminaria del Oeste. Cuando nació vi que era bueno, su corazón un lugar apto para la sabiduría, digno repositorio para los bienes que sus antepasados transmitieron a través de mí. Sólo tenía un año —¡ay de mí!— cuando el Tiempo, el enemigo que me persigue, me lo llevó. El día que el rev de España expulsó a los judíos ordenó que me pusieran bajo vigilancia para que yo no me escapara por zonas montañosas, y que a mi hijo, al que aún amamantaban, lo prendieran y convirtieran a su fe, de parte del rey. Un buen hombre me avisó a tiempo, un amigo; lo mandé con su nodriza en la oscuridad, a medianoche, —¡como contrabando! a Portugal, entonces gobernado por un rey malvado que en una época casi me arruinó, pues durante el reinado de su padre —¡rey digno de loor! mi padre había conseguido buena fortuna y riqueza.

[Afonso V de Portugal persigue al padre de Judá, el cual huye a Castilla, tierra de sus antepasados, pero Afonso V se queda con los bienes de Judá. Este rey también prohibe que el niño salga de Portugal hacia Italia, donde Judá se ha refugiado. Tras la muerte de Afonso V, su sucesor, Manuel I, ordena la conversión forzosa de todos los judíos de Portugal (en 1507). Al niño Isaac, ahora de doce años, le bautizan y le cambian el nombre.]

Rabio, pero sólo me culpo a mí mismo: no hay otro que tenga la culpa. Yo lo eché de meros apuros a una trampa, yo lo impulsé de meras chispas a un gran fuego; yo espero verlo, angustiado con una esperanza sin fin. ¡Ay, querida gacela! ¿Por qué te retrasas tanto? ¿Por qué machacas así el corazón de un padre? ¿Por qué diriges tus saetas a mis entrañas? ¿Por qué oscureces la luz mandando nubes y haciendo que el resplandor parezca noche? La luna siempre se oscurece frente a mis ojos, mi estrella se cubre de nubes. Ningún rayo del sol jamás entra en mi casa, ni cruza el umbral para llegar a las vigas. Mis rosas nunca florecen en el llano de Sharón, mi hierba nunca siente las lluvias torrenciales. Me robas el sueño con sólo pensar en ti: ¿duermo o velo? No lo sé. No puedo tocar la comida, pues incluso la miel me sabe amarga y los dulces me saben a veneno. Tristemente, mastico negras cortezas de pan quemado, Con lágrimas mojo las secas migas. Mi única bebida es agua mezclada con lágrimas. La sangre de las uvas no me toca los labios...

[Únicamente cuando sueña con el retorno de su hijo, Judá siente algún alivio, pero en seguida vuelve a pensar en la separación y su angustia aumenta de nuevo.

Judá luego se dirige a su hijo para darle consejos sobre su educación, instruyéndole en las materias que debe leer: las Sagradas Escrituras hebreas, y los comentarios del Mishná y del Talmud. Pero de nuevo se interrumpe para lamentar la falta de control que tiene sobre la enseñanza de su hijo y no sabe cómo conseguir que el pequeño Isaac continúe la tradición intelectual de su abuelo y de su padre.]

Mis espléndidas artes, mi sabiduría, son tuyas por derecho, así como la ciencia que me ha dado fama.

Una parte de ella mi mentor, mi padre, sabio entre los sabios, me dio como legado; el resto lo obtuve con mi propio esfuerzo, dominando la sabiduría con mi arco y mi espada, sondeándola con el intelecto. Los sabios cristianos son meros saltamontes comparados conmigo. He visto [sus universidades:

no tienen a nadie que me venza en un duelo de palabras. Derribo a cualquier hombre que se me oponga, destruyo y callo a mi contrincante, le demuestro su error. ¿Quién sino yo se atrevería a contar los misterios de la Creación, del Carro [de fuego] y de su pasajero [Elías]? Mi alma excede y sobrepasa a todas las almas de mis contemporáneos en esta edad mísera. Dios, mi Roca, fortifica mi Forma, encerrada, encarcelada en mi cuerpo. Deseo que tú sobrepases lo que he alcanzado; siempre he esperado que tú me superaras. Querido hijo, ¿qué te detiene entre un pueblo impuro, un manzano entre algarrobos, un alma pura perdida entre las naciones, una rosa entre las espinas y hierbajos del desierto? Ponte en camino hacia mí, mi querido pequeño. Huye dando saltos como un cervatillo o una gacela y emprende tu camino a casa del padre que te engendró (¡Que Dios te proteja como me protegió a mí!). Que te dé Dios un camino llano en tu viaje, te levante de estrecheces a mi ancha corte, te colme de la prosperidad de mis antepasados, más allá de la riqueza de mi padre y mi abuelo. Entonces Dios iluminará mi espíritu en su oscuridad v redirigirá mis pasos a la llanura. Entrego ahora a mi hijo a Dios, mi pastor, y doy mi cargo a mi altísimo Padre.

Él conducirá a mi querido hijo a mi presencia: cuando yo lo llame, mi niño precioso me oirá. Entonces cantaré una canción de amor a mi Creador, cantándole en himnos mi pasión mientras vivo, presentándole mi ofrenda, poniendo mi regalo ante Él. Es mi canción lo que me une con mi Dios santo Lo mejor de mí está en ella: mi corazón y mis ojos. ¡Que le agraden como los carneros del Templo, mi himno, mis palabras, como bueyes sobre su altar! ¡Que me muestre Sion en su esplendor, la real ciudad de mi rey ungido, y sobre ella, dos luminarias, iguales: el Mesías, hijo de David, y Elías! ¡Que nunca más esté dividida y que nunca más nómada arme su tienda en ella!